

LA SOLEDAD DE MARIA (LA PASIÓN VISTA DESDE LA VIRGEN)

San Ignacio, si bien no trae en el libro de los Ejercicios Espirituales una meditación propia sobre la soledad de María, habla en el número 298 sobre la “Madre dolorosa” y da la libertad como para hacer esta meditación.

Lo que haremos será ver la pasión desde los ojos de María.

María modelo de contemplación (Juan Pablo II; Rosarium Virginis Mariae, n 10)

10. La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún. Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «*envolvió en pañales y le acostó en un pesebre*» (Lc 2, 7).

Desde entonces su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Él. Será a veces una mirada interrogadora, como en el episodio de su extravío en el templo: «*Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?*» (Lc 2, 48); será en todo caso una mirada penetrante, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná (cf. Jn 2, 5); otras veces será una mirada dolorida, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la 'parturienta', ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a Ella (cf. Jn 19, 26-27); en la mañana de Pascua será una mirada radiante por la alegría de la resurrección y, por fin, una mirada ardorosa por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés (cf. Hch 1, 14).

Oración preparatoria, sea la de siempre: *que todas mis acciones en esta hora de meditación, sean para gloria y alabanza de su divina majestad.*

Composición de lugar: El encuentro de Cristo con su madre camino al Calvario, María al pie de la Cruz, la sepultura, el regreso del Santo Sepulcro...

Petición: aprender de María, el modelo más acabado de imitación de Cristo en su sufrimiento.

Hay varios modos de soledad:

- **Está la soledad pecaminosa:** la del que no aguanta la compañía de los hombres porque él

mismo, como decía Aristóteles, es menos que hombre, es una bestia salvaje que no puede convivir, y cuya cohabitación es insufrible.

- **Está la soledad de vocación:** la del yermo, la del que busca la soledad como el modo supremo de realizar el *solus cum Solo*, solo con el Solo; a solas con Dios. Soledad seductora. De ella se dice: "*O beata solitudo, o sola beatitudo*". Es la soledad que sedujo a San Antonio, a los eremitas de todos los tiempos. Es aquella soledad de la que habla Dios: "*la llevaré al desierto y le hablaré al corazón*" (Os 2).
- **Finalmente está la soledad que se llama desolación:** cuando Dios se marcha. La marca insuperable de este trance es expresada en palabras del mismo Jesús: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*" (Mc 15,34). Esta es también la actitud interior de Nuestra Señora durante la Pasión y después de la Pasión de Cristo, en esas terribles horas, lentas, eternas, que separan la muerte de Cristo de su Resurrección.

Esta soledad, que llega ahora a su culminación, había comenzado mucho antes en la vida de la Virgen. Se puede decir que **había comenzado con su uso de razón**. Tan pronto comienza a entender al mundo **se ve sola**. La gracia inicial de la Virgen supera a la de cualquier otra creatura y cuanto mayor es la gracia que recibe un alma tanto mas profundamente capta el misterio del pecado. También ella podía decir no **tengo donde reclinar mi cabeza** porque toda su alma buscaba a Dios y en el mundo solo encontraba el ambiente asfixiante del pecado (valle de auténtico destierro para Cristo y María, seres del cielo). Este destierro y soledad, aumentan con el misterio de la Encarnación, ya que ella entendía que su Hijo redimiría al mundo por el dolor. El sufrimiento se perfila mas claramente en las profecías de Simeón, la persecución de Herodes, el destierro a Egipto (ya allí María acompaña a Cristo en su humillación), la vida oculta, las contradicciones de vida pública (un intento de asesinato en Nazaret, los momentos en que parece que Cristo la rechaza *¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos?...*)

Para Ella el espectáculo de la **Pasión** de su Hijo tuvo un volumen de dolor que no podemos concebir ni podríamos soportar. Poco antes de morir su Hijo, ha escuchado de sus labios aquellas terribles palabras: *Mujer, he abí a tu hijo*. Su hijo ahora es Juan. Pero sólo Ella sabe todo lo que eso quiere decir: no sólo que Jesús en la Cruz proclama solemnemente su maternidad espiritual (que comenzó en el mismo momento de la Encarnación), sino que en ese momento supremo del dolor, Jesús renuncia a todo, enfrenta el sufrimiento en perfecta soledad, sin el soporte humano de su Madre, para experimentar inmediatamente después, la misma soledad respecto del Padre: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*" (Mc 15,34). La Virgen percibe este hondo matiz y comprende la hondura del dolor y de la voluntariedad del dolor de su Hijo. Y como es Corredentora, también a Ella la embarga, como dolor propio, **la soledad**.

Este es el **punto culminante** de la compasión de Nuestra Señora y su **participación máxima** en la Pasión, en lo que esta tiene de **más amargo**, de **más penal**, de **más específico**: el **participar de la soledad de Cristo**. En esos momentos son dos corazones solos; no una soledad compartida, sino dos soledades que se nutren mutuamente. La soledad posterior, aquella que sobrevendrá

cuando hayan sepultado el cuerpo del Hijo, será mucho menor, mucho menos amarga.

Por eso, la Soledad de María comienza ya en la Última Cena, que Ella seguiría seguramente, aunque no sabemos desde dónde. Observando la Soledad del Hijo: la incompreensión, el abandono:

-Felipe, hace tanto que estoy con vosotros, y todavía no me conocéis...

-Uno de vosotros me traicionará...

-Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres...

-¿No habéis podido velar una hora conmigo?

-Os aseguro que no conozco a ese hombre...

Esa soledad de Jesucristo; esa conciencia de estar afrontando la Pasión, la hora del dolor, solo, sin compañía, sin apoyo; es más: incomprendido, mirado con extrañeza, como algo raro, desubicado, fuera de lugar... Ese ha sido uno de los dolores más fuertes de Cristo: Él se daba, sufría, agonizaba, sangraba, moría... por aquellos que no daban a estos actos ninguna importancia. Éste fue también el dolor de su Madre, que aunque miraba de lejos, calaba hondamente este sufrimiento del corazón de Cristo.

La "Soledad de María" es todo ese cúmulo de dolores que van agolpándose en su corazón a cada paso de la Pasión de su Hijo:

- La vista del "Ecce Homo". Si hay alguien que entre la muchedumbre enardecida, recordase con ojos ensangrentados de dolor las palabras de Isaías que en aquel momento se cumplían (*Soy un gusano y no un hombre, oprobio de la plebe*), ese alguien es Ella, y sólo Ella.
- El escuchar de su pueblo (su propia raza, su propia sangre, sus hermanos...) el pedido de la muerte de su Hijo..., el Hijo de Dios.
- El encuentro camino al Calvario. Santa Elena que tenía corazón de madre, y de madre muy sufrida, hizo construir en la Vía Dolorosa una capillita dedicada a este encuentro, y fue llamada desde entonces "La Virgen del Pasmo".
- La Crucifixión
- La Muerte
- El Descendimiento de la Cruz. Jesús puesto en sus brazos; como 33 años antes en Belén, pero muerto...
- La Sepultura. El último adiós, aún a su presencia física.

Durante todo este tiempo María fue envuelta en la soledad de las tinieblas: ***“Desde la hora de***

sexta hasta la hora de nona, la oscuridad cubrió toda la tierra" (Lc 23,44). Pero no se trataba de la oscuridad puramente material; también ésta, pero no sólo ella. ***Esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas***, había dicho Jesús en el Huerto. También estas tinieblas fueron las que rodeaban la Cruz. Se hicieron presentes en la incomprensión del mal ladrón, en el odio de los judíos, en la frialdad de los verdugos romanos, en las blasfemias, calumnias, en las burlas, en las invitaciones a la desesperación que aquellos hijos de las tinieblas hacían resonar ante los oídos del Moribundo... y ante los oídos de su Madre.

Cierto que a María Santísima pueden aplicarse muchas de las palabras reveladas del Antiguo Testamento:

- *"Le diste a comer llanto, a beber lágrimas a tragos"*. (Salmo 79,6)
- *"¿A quién te compararé, a quién te asemejaré, oh hija de Jerusalén? ¿A quién te igualaría yo para consolarte, oh doncella, hija de Sión? Pues grande como el mar es tu quebranto, ¿quién podrá curarte?"*. (Lam 2,13)
- *"Ob vosotros que pasáis por el camino: ¡mirad y ved si hay dolor semejante al dolor con el que soy afligida!"*. (Lam 1,12)

Sus dolores fueron más grandes que los de Abraham en el sacrificio de Isaac, puesto que aquél bajó con su hijo del monte, y Ella no; porque el suyo fue sacrificio consumado.

Entre las prescripciones del Antiguo Testamento el Éxodo contiene una de gran sentido humanitario: ***"No cocerás al cabrito en la leche de su madre"*** (Ex 34,26), para exigir a los judíos a evitar esa crueldad aún con los animales. Pero con María no la tuvieron en cuenta, porque fueron parte de los dolores de Cristo, la presencia dolorosa y doliente de su Madre, y no hubo tormento más grande para la madre que la vista del Hijo atormentado.

Los dolores de María no tienen medida:

- **Por su capacidad de sufrir:** la capacidad de sufrir se deriva de la capacidad de amar. Porque el amante sufre con los dolores del amado. Ahora bien, María ama con el amor que le da la gracia de la maternidad divina, el "mayor amor del mundo". La capacidad de sufrimiento es equivalente a la santidad de cada uno. Por eso decía san Juan de Avila: *"Vos, la más santa y la más lastimada, la más querida y la más angustiada, la más alta y la más abajada... Si mucho la amaste, mucho la afligiste; si muy santa la hiciste, mucho la angustiaste"*.
- **Por sentirse Ella misma causa de la Pasión:** padece más aquél por quien Cristo padeció más. Dionisio el Cartujano decía: *"Tanto más padeció Cristo por una persona, cuanto a mayor dignidad haya sido elevada ésta"*. Cristo sufrió por María para preservarla inmaculada del pecado, para hacerla la llena de gracia. Y eso su Madre lo sabía.
- **Por haber aceptado el sufrimiento voluntariamente,** sin haber hecho lo que de su parte

hubiese podido. Dice San Alfonso que *“podía Ella sola defender muy bien ante los jueces la vida de su Hijo. Bien se puede pensar que las palabras de una madre tan sabia y tan amante de su hijo hubieran podido impresionar grandemente, al menos a Pilato, disuadiéndole de condenar a muerte a un hombre que conocía, y declaró que era inocente. Pero no; María no quiso decir una palabra a favor de su Hijo para no impedir la muerte, de la que dependía nuestra salvación”*¹.

- **Por el fin de sus dolores:** María quiso sufrir para honrar infinitamente al Padre, para compensar el pobre amor que el hombre ofrecía al Padre, para unirse y acompañar los dolores de su Hijo.

Podemos contemplarla en su camino de retorno desde el Sepulcro. La comitiva que le haría compañía ¿es posible hacer compañía en una situación así? Allí estaban María Magdalena, María Salomé, María la de Cleofás, José de Arimatea, Nicodemo, Juan. Cierran el Sepulcro, regresan en silencio porque falta Jesús. También nosotros hemos perdido de vista su cuerpo, hemos de acostumbrarnos a vivir en la fe: *iustus vivit ex fide*. Comienza el retorno. Unos pocos pasos y se encuentra frente al monte Calvario. Ve la Cruz, lo único seguro en este mundo cambiante, inestable como el mar: *"crux stat dum volvitur orbis"* (la cruz permanece estática mientras el mundo da vueltas...). Y al ver la Cruz, la adora. ¡Qué diferencia con nosotros, que escapamos a la Cruz! Ella la adora, la primera que hace la adoración de la Santa Cruz, ese mismo día, el Viernes Santo. En su corazón ya brotaban las palabras de aquel himno *"Vexilla regis prodeunt, fulget crucis mysterium..."* (las banderas del Rey aparecen/avanzan; resplandece el misterio de la Cruz). Luego, desandar el Via Crucis, detenerse en cada estación, reparar en cada gota de sangre. Llega al Cenáculo y agradece a José de Arimatea y a Nicodemo.

Luego, ya en el Cenáculo, allí sí la soledad definitiva.

COLOQUIO

Por tu dolor sin testigos,
Maestra de soledades,
por tu llanto sin piedades,
enséñame a estar contigo.
Que al quedarte Tú conmigo,
partido ya de tu vera
el Hijo que en la madera
de la Santa Cruz dejaste,
yo sé que en Ti lo
encontraste
de una segunda manera.

Yo en mi alma, Madre, lavada
de las bajas suciedades,
a fuerza de soledades,
le estoy haciendo morada.
Prendida tengo y colgada
ya mi cámara de flores.
Y a husmear por los alcores
por si llega el peregrino,
he soltado en el camino
mis cinco perros mejores.

Quiero yo que el alma mía
tenga, de sí vaciada,

¹ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO,

su soledad preparada
para la gran compañía.
Con nueva paz y alegría
quiero, por amor tener
la vida muerta al placer
y muerta al mundo, de suerte
que cuando venga la muerte
le quede poco que hacer.

ORACION FINAL

Pero en tanto que El asoma,
Señora, por las cañadas
-¡por tus tocas enlutadas
y tus ojos de paloma!
recibe mi angustia y toma
en tus manos mi ansiedad.
Y séame, por piedad,
Señora del Mayor Duelo,
tu soledad sin consuelo
consuelo en mi soledad

